

LA GESTIÓN POLÍTICA DEL PLURALISMO

Daniel Innerarity

La política es una actividad que articula el pluralismo social de modo que no haya ni demasiada uniformidad ni demasiada dispersión. No hay una buena política en aquella sociedad que, para mantenerse unida, sacrifica su diversidad, ni en aquella que es incapaz de configurar un espacio verdaderamente común en el que se encuentren quienes piensen de modo diferente. Para este objetivo no vale cualquier política. Hay políticas que lo impiden. Para que la política garantice, permita o promueva el pluralismo, es necesario entenderla y practicarla de acuerdo con una serie de principios que la configuran como una actividad contingente y limitada, como compromiso y lugar para el ejercicio de un antagonismo democrático.

1. LA POLÍTICA ES UNA ACTIVIDAD QUE TIENE QUE VER CON REALIDADES CONTINGENTES, NO CON VERDADES ABSOLUTAS.

¿En qué consiste ese tipo de acción que llamamos política? ¿Qué esperamos de quien ha ganado unas elecciones o de quien las ha perdido? ¿Qué es lo que no hace un partido o un político cuando no interpreta bien la realidad social, cuando no se decide o se anquilosa? ¿A qué invitamos concretamente cuando exigimos que el terrorismo abandone la violencia y haga política? A mi juicio, la política, especialmente cuando queremos diferenciarla de otras actividades, exige fundamentalmente dos cosas: 1) haber caído en la cuenta de que su terreno propio es el de la contingencia y 2) una especial habilidad para convivir con la decepción. Habrá sin duda otras definiciones más exactas pero seguro que ninguna de ellas deja de recoger, en alguna medida, estas dos propiedades.

La política es, en primer lugar, una gestión de asuntos desde el punto de vista de su contingencia, es decir, considerándolos como abiertos, decidibles, imprevisibles, opinables, controvertidos, revisables. Gracias a esta propiedad la perspectiva política se distingue de otras actividades como las que llevan a cabo los científicos, los militares, los moralistas o los economistas. Por supuesto que cabe tratar los

asuntos políticos como algo solucionable por éstos, pero ése no es el núcleo de lo que entendemos como específico de la política. Lo específicamente político es aquella dimensión de los problemas que no pueden resolver adecuadamente esas otras profesiones. Politizar es situar las cosas en un ámbito de pública discusión, arrebatárselas a los técnicos, los profetas y los fanáticos.

Hacer política es renunciar a otro procedimiento que no sea convencer, pero convencer a otros es algo que nunca puede estar plenamente garantizado. Quien entra en un diálogo, aunque las reglas de juego estén muy claras, no sabe exactamente cómo va a salir. Solamente es sincero un diálogo en el que yo pueda convencer a otros, pero en el que también pueda ser convencido, en todo o en parte. Lo demás son escenarios para la autoconfirmación. Dialogar es siempre algo arriesgado y así parecen haberlo entendido los que se niegan a hacerlo temiendo perder algo en esa operación. Forma parte de la naturaleza de la política una imprevisibilidad más radical que en otros asuntos. Los efectos de lo que se dice y de lo que se hace no están nunca suficientemente garantizados. La abundancia de medios no asegura el efecto previsto. Tal vez sea esta propiedad la que asemeja a la política con el juego, por lo que hacer política consista en realizar apuestas arriesgadas, más que en programar, calcular, ordenar o planificar.

De ahí que la política sea fundamentalmente un aprendizaje de la decepción. Está incapacitado para la política quien no haya aprendido a gestionar el fracaso o el éxito parcial, porque el éxito absoluto no existe. Hace falta al menos saber arreglárselas con el fracaso habitual de no poder sacar adelante completamente lo que se proponía. La política es inseparable de la disposición al compromiso, que es la capacidad de dar por bueno lo que no satisface completamente las propias aspiraciones. Similarmente los pactos y las alianzas no acreditan el propio poder sino que ponen de manifiesto que necesitamos de otros, que el poder es siempre una realidad compartida. El aprendizaje de la política fortalece la capacidad de convivir con ese tipo de frustraciones e invita a respetar los propios límites.

Perder no es dejar de tener razón, porque tampoco haber ganado le asegura a uno el tenerla. Tener razón no depende de tener

la mayoría (existe incluso una estupidez típica de la mayoría que viene a consistir en querer tener, además de la mayoría, la razón), aunque en política no hay conducta razonable que pueda sustraerse a la obligación de formar una mayoría. Hay ideas muy valiosas en toda oposición y alternativas que no dejan de serlo por una mala acción política. En una sociedad democrática hacer política es el único instrumento legítimo para construir una nueva mayoría o para conservarla.

2. LA POLÍTICA ES UN LUGAR DE COMPROMISO Y NO DE IMPOSICIÓN O UNILATERALIDAD.

En el origen de la decepción política, en el desinterés o la desafección de muchos ciudadanos, se encuentra generalmente el hecho de que se ha esperado demasiado de ella. La política es una actividad civilizadora, que sirve para encauzar razonablemente los conflictos sociales, pero no es un instrumento para conseguir la plena armonía social o el consenso absoluto, ni para dar sentido a la vida o garantizar la libertad plena y su buen uso. Por eso tampoco es muy grave la apatía política, dentro de unos ciertos límites. Las democracias pueden soportar un alto grado de desinterés; de hecho, cuando las personas generalmente apáticas muestran de repente un vivo interés por la política suele ser señal de peligro. Forma parte de la normalidad democrática un cierto aburrimiento, que se echa de menos en épocas agitadas.

Necesitamos abordar los conflictos desde posturas que no induzcan a esperar demasiado ni demasiado poco. En toda inteligencia política hay una decepción bien aprovechada. Hay que aceptar los límites de la política y hacérselo saber a los propios seguidores. La política sirve nada más y nada menos que para conciliar intereses naturalmente divergentes. Es el mejor medio para resolver los conflictos de intereses que surgen entre la pluralidad de valores e intereses que caracterizan a las sociedades avanzadas. Pero la política sirve a la pacificación cuando se entiende y se practica como compromiso, como pacto y acuerdo, no como un medio para conseguir plenamente unos objetivos diseñados al margen de las circunstancias reales, fuera de la lógica institucional o sin tener en cuenta a los demás, entre ellos a quienes no los comparten. Cualquier objetivo político sólo es

realizable en colaboración con otros que también quieren participar en la definición de esos objetivos. La colaboración democrática proporciona muchas posibilidades, pero impone también muchas limitaciones. La política surge de la aceptación de esas y otras limitaciones. De entrada, los límites que proceden del hecho de reconocer otros poderes de grupos o intereses sociales con tanto derecho como uno para disputar la partida.

Para que haya política no hace falta un consenso muy amplio. Un consenso absoluto sólo podría darse mediante la violencia impositiva o la trivialidad general de la que nadie puede discrepar; el único acuerdo fundamental que se requiere en una sociedad moderna es la utilización de los medios políticos, que unos llaman reglas del juego y otros respeto a lo que decida la mayoría, y que son dos caras de una misma moneda. Casi todos los regímenes tienen en su origen la experiencia de que cualquier cosa es mejor que la guerra. Antes de nada, una comunidad política está formada por personas que se han cansado de la violencia, para las que determinados sufrimientos no valen la pena y prefieren un compromiso razonable.

Por eso la acción política implica siempre transigir. Quien aborda cualquier problema como una cuestión de principio no puede sentirse a gusto en política, aunque comparezca en ese escenario. Quien habla continuamente el lenguaje de los principios, de lo irrenunciable y del combate se condena a la frustración o al autoritarismo. El hombre de las reivindicaciones absolutas es incapaz de negociar y termina no obteniendo nada, ni siquiera lo que podría haber conseguido con una estrategia inteligente. La primera dificultad para la consecución de acuerdos políticos está en el empleo abusivo del lenguaje impreciso de los principios. No se puede hacer un programa político con palabras incuestionables como democracia, diálogo, libertad o justicia, sin decir al mismo tiempo cómo se van a desarrollar, concretar o aplicar en el caso concreto. Cuando falta esta concreción uno puede temerse que esas palabras van a arrojarse contra el discrepante en los medios como si no estuviera de acuerdo con los fines. La actividad política es importante no porque no existan ideales, sino porque hay demasiados. La política no cuestiona la posible grandeza

de esos ideales; se limita a establecer el escenario en el que debatir acerca de ellos sin imposiciones ni violencia.

La política fracasa cuando los grupos rivales preconizan objetivos que según ellos no admiten concesiones y se consideran totalmente incompatibles y contradictorios, por lo menos tal como los formulan los protagonistas. Todos los fanáticos creen que sus oponentes están fuera del alcance de la persuasión política. Nadie que no sea capaz de entender la plausibilidad de los argumentos de la otra parte podrá pensar, y menos actuar, políticamente. Éste es el primer requisito para que se desplieguen las virtualidades pacificadoras de la política: argumentar bien, ponerse al alcance de los argumentos del oponente y no refugiarse en la vaguedad de los conceptos generales.

Los problemas políticos de la sociedad tienen muchas soluciones posibles o no tienen ninguna que sea realmente definitiva, pero hay remedios, acuerdos, compromisos e incluso ajustes, ninguno perfecto, pero varios, o quizá muchos, en la franja que va de lo más o menos positivamente satisfactorio a lo más o menos tolerablemente aceptable. Las divergencias reales de intereses continuarán, pero con voluntad, habilidad, recursos y buena suerte, a veces pueden hacerse menos intensas y más pacíficas. Éste es el ámbito en que se hacen valer virtudes propias de la política entendida como compromiso: la prudencia, la conciliación, los acuerdos parciales, la adaptabilidad. Por supuesto que este tipo de acuerdos nunca es perfecto y nunca responde a lo que cualquiera que esté profundamente implicado en la batalla habría aceptado antes de iniciar las negociaciones. Ahora que se discute mucho acerca de si la paz tiene o no un precio, hay algo que sí puede afirmarse rotundamente: la incapacidad para el acuerdo se paga siempre con un precio demasiado caro.

Si hubiera que definir la función de la política en pocas palabras, yo diría que se trata de la capacidad de convertir lo disyuntivo en aditivo. El sociólogo Ulrich Beck hablaba a este propósito de una gestión del "y". La buena política transforma el "esto o aquello" en "esto y aquello", sustituye la dicotomía amigo-enemigo por relaciones de cooperación. La política es la resistencia —siempre fracasada o realizada parcialmente— contra la imposición, la confrontación, la uni-

lateralidad y la exclusión, el empeño por resolver los problemas sociales en términos de integración, un combate contra la incompatibilidad. Sus tareas fundamentales son la mediación, la convergencia, la cooperación y el acuerdo. Una buena política no requiere hacer valer los intereses de todos (lo que resulta casi siempre imposible), pero no puede haber dejado de intentarlo. La inevitable parcialidad de toda decisión se atempera por el hecho de que haya estado precedida por un momento deliberativo en el que no ha dejado de ser tomado en consideración ningún interés legítimo.

Es razonable que la apelación al bien común esté en principio bajo sospecha. Forma parte de la retórica de la confrontación política que los partidos presenten siempre sus exigencias en nombre de intereses generales, aun cuando no sean otra cosa que pretensiones particulares. El concepto de bien común es, no obstante, irrenunciable para la política. Sólo un concepto de este tipo puede justificar una visión más elaborada de la política y evitar que los políticos se limiten a beneficiar a su clientela, como si fueran simples mandatarios de su electorado inmediato. Pero es que, además, el interés propio que no se abre a la colaboración resulta ser de muy poca utilidad para el interesado. Hay una serie de argumentos en favor de lo que podría llamarse "altruismo por interés" que obligan a reflexionar acerca del interés bien entendido y a concebir la política como una cooperación inteligente.

Existen, por ejemplo, algunos riesgos en las instituciones que se producen cuando sólo persiguen el interés particular de sus miembros. Tanto en el mercado como en la política, son numerosas las relaciones en las que la mera persecución de los bienes privados conduce a una situación que es mala para todos. Quien haya reflexionado, por ejemplo, sobre cómo se produce un atasco puede entender que la relación entre lo privado y lo común es más compleja que la mera adición. El individualismo crea muchas veces situaciones de incompatibilidad que son desventajosas para todos o para algunos individuos.

La otra gran paradoja de la desatención hacia lo común estriba en que si la concreción del bien común es algo controvertido, tampoco el interés propio es algo bien conocido y absolutamente determinable. La maximización del propio interés está sometida a la incer-

tidumbre característica, por ejemplo, de las acciones complejas y de largo alcance. Hay muchos problemas económicos y sociales que no se deben a que haya una mala voluntad por parte de los agentes o a una indisposición a encontrar el acuerdo, sino a su perplejidad e ignorancia acerca de qué es lo más conveniente. No somos sujetos que sabemos perfectamente lo que queremos y luchamos contra otros por conseguirlo. Ni nuestro interés económico ni nuestro interés político se formula con independencia o contra el de otros, sino a través de la discusión y cooperación con ellos. Los partidos políticos no deberían hablar entre sí por razones estratégicas: si el diálogo en política tiene algún sentido es porque los agentes están convencidos de que no tienen toda la razón y que lo razonable sólo se encuentra en el intercambio de argumentos con los demás.

3. LA POLÍTICA SIRVE PARA ARTICULAR EL ANTAGONISMO Y NO PARA ELIMINARLO.

La política organiza la coexistencia humana en condiciones que son siempre conflictivas. La atención a lo común no puede pasar por alto la realidad de lo diferente. El antagonismo será más o menos intenso, pero no es completamente eliminable. Por eso la queja excesiva contra el "espectáculo" de la controversia política esconde, en muchas ocasiones, un desconocimiento acerca de la naturaleza de la política, que no es otra cosa que la instancia en la que hacemos valer nuestras discrepancias más fundamentales, aquellas que no comparecen en otras esferas más técnicas o menos significativas.

Transformar al enemigo en adversario —una de las funciones de toda política— no equivale a anular las diferencias que definen una y otra posición. La política democrática consiste en "domesticar" la hostilidad, para lo cual es necesario, en primer lugar, reconocer la existencia del antagonismo potencial que acompaña a toda posición ideológica y a toda construcción de identidades colectivas. No se trata, pues, de eliminar las pasiones o relegarlas a la esfera privada —lo que, por lo demás, es imposible—, sino de ponerlas en juego de tal forma que den lugar a un pluralismo democrático. Tampoco se trata de alcanzar un consenso sin exclusión, sino de establecer la discrimina-

ción entre nosotros y ellos de modo que sea compatible con el respeto democrático.

El ideal de sociedad democrática no consiste en una sociedad que hubiera realizado el sueño de una armonía social perfecta. Existe democracia cuando ninguna instancia social puede erigirse en dueña y representante de la totalidad. Y es aquí donde el reconocimiento de las particulares identidades conecta con el deseo de radicalización democrática. Porque la actitud democrática exige que cada uno reconozca el carácter particular y limitado de su punto de vista. También nuestra visión del mundo es local. Por eso hay concepciones diversas acerca de lo que puede significar ser cosmopolita. De este modo puede advertirse el error de identificar democracia y universalidad, que está en la base del "patriotismo constitucional" de Habermas: haber pensado que la adhesión a unos principios universales es una condición de la tolerancia política. Más bien habría que decir lo contrario: es tolerante quien sabe de la particularidad de los motivos, opiniones e intereses que explican y limitan al tiempo su posición en el conjunto de la sociedad, quien está seguro de no representar a la totalidad ni tener el monopolio de las buenas intenciones, quien no excluye al discrepante como "irracional", aunque lo considere profundamente equivocado.

La insistencia en marcos institucionales cerrados o la elevación de los acuerdos vigentes —por muy amplios que puedan ser— a la dignidad de consensos universales y definitivos es algo profundamente *contrario a la incertidumbre constitutiva de la democracia moderna* (Mouffe). Presentar así las cosas equivale a reificar las instituciones y hacerlas imposibles de modificar, o sea, menos habitables, lo que contradice de hecho el principio de máxima inclusión que persiguen sus defensores. Pero la topografía del espacio político es más elástica y abierta de lo que pretenden hacernos creer los que entienden la política como un espacio de juego perfectamente definido y fijado para siempre.

Los enfrentamientos ideológicos o identitarios no suponen necesariamente un peligro para la democracia, que más bien proceden de la falta de discusión, la presión unanimista, la imposición de lo políticamente correcto o de hacer pasar lo particular por el punto de

vista universal al que todos deberían plegarse. Aparecen así, por ejemplo, formas impositivas de consenso, a las que se invita a otros, mientras se prepara la artillería contra quien exprese alguna objeción. Los administradores de lo correcto se niegan a ampliar el diálogo racional con quienes no aceptan sus reglas del juego. Resulta llamativa la facilidad con que es descalificada como no razonable la posición de quien discrepa en asuntos importantes. Y la discrepancia, que las más de las veces se refiere a los modos y formas, es interpretada interesadamente como vulneración de los principios democráticos.

Una de las causas de la actual desafección política es la dificultad de configurar alternativas y hacer visibles posibilidades diferentes. Para que haya alternativa real no basta con proclamarlo o exigirlo, ni con definirse como diferente o postularse para sustituir a los que gobiernan: esos discursos, por sí solos, no construyen una alternativa, para lo que además es necesario convencer de que se van a hacer cosas distintas. La política es elección (su acto central son precisamente las elecciones) y para elegir tiene que haber diferencias, aunque éstas no vayan a ser tan gruesas como en épocas pasadas.

Pero la crisis de las ideologías y la imposición hegemónica de unos modelos correctos han estrechado el campo de las posibilidades y, lo que es más grave, han convencido a las propias fuerzas políticas de que su rivalidad es accidental, de que la diferencia es más sospechosa cuanto más diferencia. Se impone no desentonar en exceso y subrayar las coincidencias. Da la impresión de que para ganar unas elecciones no hay que tratar de convencer a los ciudadanos de la necesidad de otra política sino de que otros podrían hacer mejor eso mismo. Ganar unas elecciones equivale meramente a sustituir, quitar y poner; nadie se arriesga a proponer algo distinto y eso lo sabe bien el que manda, cuya estrategia consiste precisamente en arrojar sobre la oposición la sospecha de que quiere cambiar algo. Pero la oposición corre así el riesgo de que a los ciudadanos no les compense la alterancia para que nada cambie y se decidan por la continuidad, que prefieran, como suele decirse, el original a la fotocopia. La estrategia más rentable para los gobiernos es convencer a los electores de que cuanto hace la oposición no es sino aventurismo y desvarío, riesgos innecesarios.

rios que ponen en peligro la estabilidad institucional. Todo esto da lugar a una discusión absurda: la oposición se hace perdonar asegurando que no quiere cambiar nada y el gobierno acusa a la oposición de querer cambiarlo todo.

Esta táctica política viene combinándose con una nueva ocupación de los espacios políticos que da lugar a no pocas incomodidades. La debilitación del antagonismo entre la derecha y la izquierda hace que el antagonista se convierta en competidor con la idéntica pretensión de conquistar el centro político. Dejan de considerarse antagonistas porque aspiran precisamente a lo mismo. La lucha política se enrarece, no cuando hay una gran tensión ideológica, sino cuando todos quieren más o menos lo mismo. Al otro no se le combate desde posiciones diferentes sino que se trata de ocupar su lugar, robándole argumentos o desplazándolo del campo de juego. Esto es algo menos respetuoso con el adversario que la controversia abierta, pues en lugar de enfrentarse con él intentará destruirlo, dejarlo fuera de lugar.

En este panorama la alternancia electoral sólo puede esperarse de la naturaleza o de la moral, no de la política; los vuelcos estarían originados en circunstancias casuales, golpes del destino, que bajo la forma de catástrofes naturales o escándalos de corrupción se desean secretamente como único elemento de giro posible en una normalidad política de la que ha desaparecido el antagonismo. Cuando no se tiene otra política que ofrecer, sólo cabe implorar un golpe de suerte que modifique el campo de batalla. Ahora bien, esperar que el trabajo propio lo hagan las mareas o los errores colosales del adversario es, por lo general y salvo contadas excepciones, una forma de prepararse para la derrota.

Con la renuncia al antagonismo democrático desaparece la idea de alternativa, se pierde la posibilidad de una forma legítima de expresión de las resistencias contra las relaciones de poder dominantes. Este es, a mi juicio, el verdadero problema de una cierta izquierda en estos momentos: que acepta el terreno de juego establecido por sus adversarios, abandona la lucha por definir ese campo y se contenta con que le dejen jugar en esas condiciones desventajosas. A partir de ahí, quejarse de que el gobierno instrumentaliza la Constitución o los pactos es un lamento de perdedor.

Muchas de las cosas que suceden en la política actual tienen una explicación en esas formas que – pese a toda la retórica al uso – están favoreciendo la homogeneidad, pues dejan poco espacio para el disenso y la disputa política. La revitalización de la democracia hay que esperarla más de la discrepancia razonable que del fervor por el consenso. Si la democracia es imposible sin un cierto consenso, también debe permitir que las diferencias se expresen y que se constituyan identidades colectivas en torno a posiciones diferenciadas. Declarar como algo superado los antagonismos de identidad o las diferencias ideológicas indica una voluntad de no tomarse en serio el pluralismo de los valores en política.